

D. 18 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 55,1-3 Venid y comed.

Este fragmento pertenece a la sección final de la segunda parte del libro de Isaías, que se sitúa durante el exilio a Babilonia del siglo IV antes de Cristo. Es una proclamación gozosa de un retorno a Jerusalén para los exiliados.

El poeta-profeta empieza marcando un contraste muy vivo entre las formas de vida bajo los babilonios y la nueva oferta de vida que da el Señor. El versículo inicial, casi como si fuese la llamada de un vendedor de mercado, ofrece agua, vino y leche de balde. El contraste con las formas de vida que ofrece el imperio opresor es absoluto. El imperio siempre es caro e insatisfactorio. Israel es invitado a escoger los nuevos alimentos ofrecidos por el Señor «sin pagar». Se trata

de la celebración del convite de la nueva alianza ofrecida por el Dios de los oprimidos. La pregunta es retórica: ¿por qué hay que trabajar tanto para, al fin y al cabo, no obtener nada bueno?

La última parte del pasaje profético deja la metáfora de la comida y pasa a hablar directamente de la promesa de *fidelidad* hecha por Dios a David, que ahora es ampliada, prolongada y reiterada a toda la comunidad de Israel. El pacto que Dios ofrece es de fidelidad y esto comporta vida –«escuchadme, y viviréis»– porque el Dios que habla –«inclinad el oído»– y que invita –«venid a mí»– es un Dios vivo y dador de vida para todos los que están dispuestos a escuchar.

2 lectura: Romanos 8,35.37-39 Nadie podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo.

Pablo, en la sección final del c. 8 de su carta a los Romanos, plantea una serie de cuestiones que empiezan unos versículos antes del fragmento que hoy leemos y que le entroncan directamente. Empieza formulando cuestiones. La primera es de carácter neutro: «¿Qué diremos?» (Romanos 8,31). Y las que vienen seguidamente son de carácter personal: «¿Quién acusará a los elegidos de Dios? (8,33); «¿Quién condenará?» (8,35), para llegar a la pregunta que abre el fragmento de hoy: «¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?». La lógica de Pablo es la siguiente:

si Dios ha dado a su Hijo único para el pueblo de Dios, ¿no le dará cualquier otra cosa? Se trata de una forma de argumentar muy común en su tiempo, que iba de una realidad grande a una mucho menor. Al fin y al cabo todo lleva a preguntarse: ahora, después de la muerte y resurrección de Jesús, ¿qué o quién puede separar a Dios de la humanidad?

Entonces, de acuerdo con la lógica formulada, Pablo aporta en forma de cuestiones una lista de acontecimientos o experiencias amenazadoras que

tienen en común el hecho de que los seres humanos pueden hacerlos y, de hecho, hacen. Y acaba la sección ofreciendo él mismo la respuesta a las preguntas formuladas: no solo las acciones humanas son incapaces de separarnos

del amor de Cristo, sino que incluso los poderes que se hallan más allá del dominio humano –la misma muerte, los ángeles o los poderes que gobiernan este mundo– no pueden separar a la humanidad del amor de Cristo.

3lectura: Mateo 14,13-21 Comieron todos hasta quedar satisfechos.

La narración de la alimentación de las cinco mil personas que encontramos en el evangelio según Mateo es muy rica. Hay que observar, en primer lugar, que se encuentra inmediatamente después de la narración de la decapitación de Juan Bautista. Esta historia ha sido explicada para explicar el nerviosismo de Herodes Antipas (hijo de Herodes el Grande, el de las narraciones de la infancia) ante Jesús. Él piensa que Jesús puede ser Juan resucitado. Jesús, por esto, marcha «a un sitio tranquilo y apartado».

El contexto nos lleva a confrontar dos clases de comida: el banquete de aniversario de Herodes y la alimentación por Jesús de las multitudes. En medio de un contexto de abundancia del rey hallamos el plan malvado de la perversa Herodías, que ha sido tejido como una red alrededor del incauto monarca. Un profeta de Dios es asesinado por una autoridad amenazada.

En la segunda historia, en una situación de necesidad, vemos a Jesús, movido por la compasión, curando enfermos y proveyendo de alimento reparador a la multitud. Él mismo se encuentra amenazado y convertido en huésped de una multitud hambrienta.

Hay que observar la dinámica entre Jesús y los discípulos. La compasión de Jesús se contagia a los discípulos. Se dan cuenta de que es tarde y de que no hay comida. Le sugieren que los envíe a los pueblos cercanos a comprarla, pero él tiene otros planes. Sus instrucciones son decisivas: «dadles vosotros de comer»; «traédmelos». Los recursos de los discípulos son muy escasos, pero Jesús los ayuda a descubrir que ya les bastan. En sus manos son más que suficientes.

La historia describe el poder asombroso de Jesús ante una situación difícil, pero señala que los discípulos son indispensables. Ellos actúan a las órdenes de Jesús, unas órdenes que en apariencia parecen absurdas y más allá de cualquier verosimilitud; pero ellos obedecen sin discutir. Los discípulos simbolizan lo que significa participar en el ministerio compasivo de Jesús. Al seguir las instrucciones de Jesús descubren que la compasión divina va más allá del sueño más osado.

Finalmente señalar que la historia tiene un significado eucarístico bien claro: pan bendecido, partido y repartido.

JOAN FERRER

D. 19 del tiempo ordinario / A

1 lectura: 1 Reyes 19,9a.11-13a

Ponte de pie en el monte ante el Señor.

Este fragmento del primer libro de los Reyes pertenece a la historia del profeta Elías, el campeón de Dios en Israel ante la perversidad de la reina fenicia Jezabel, que ha hecho matar a los profetas del Dios de Israel y que protegía a los profetas del dios fenicio Baal. Elías, ante la persecución de la reina, tiene que huir para salvar la vida. El profeta hace el camino que ha hecho el pueblo de Israel desde el Horeb o Sinaí, la montaña de Dios, hasta la Tierra Prometida, aunque al revés. Elías huye de la Tierra Prometida. Se siente perseguido por la reina y ya no tiene más fuerza ni esperanza. Dios, sin embargo, tiene otros planes. En el monte, donde había subido Moisés para encontrarse con

Dios, Elías experimenta diversas realidades poderosas: un viento huracanado que parte las rocas y un terremoto que remueve la tierra, pero el Señor no está en estas manifestaciones impresionantes de poder. Finalmente, «oyó una brisa tenue» (que, en hebreo, traducido literalmente, sería «la voz de un silencio sutil») y se cubrió la cara con el manto, porque «mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida» (Éxodo 33,20).

Cuando el profeta oye la voz del silencio entonces se encuentra ante la presencia salvadora de Dios, que llena de sentido y coraje la vida de los hombres que lo buscan.

2 lectura: Romanos 9,1-5

Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos.

En la sección de la carta a los Romanos que empieza en el capítulo 9 que hoy leemos, Pablo habla de la relación entre la vocación de Israel y el rechazo de Israel a Jesús como Mesías. En el fragmento anterior de la carta, Pablo acababa de formular una afirmación exaltada sobre el poder de Dios para vencer cualquier cosa que amenace al pueblo de Dios; aquí se enfrenta a una amenaza que es específica y grave. La mayoría de los judíos no entienden que Jesús sea el Mesías de Israel, y Pablo, que se siente orgulloso de ser judío, experimenta en esta contradicción una

pena existencial y un problema teológico grave.

Pablo se siente fundamentalmente angustiado: «Digo la verdad»; «mi conciencia»; «siento una gran pena». El motivo de esta angustia incesante: «los de mi raza según la carne». A fin de conseguir la salvación de Israel hace una afirmación casi impensable: «Quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo».

Pablo quiere mostrar –y lo hará en el texto que sigue a partir de nuestro fragmento– que la llamada a Israel es irre-

vocable, porque Dios es siempre fiel, y que la palabra de Dios no ha fracasado, porque la exclusión temporal de Israel se inscribe en el gran plan de Dios para la salvación de toda la humanidad. Pa-

blo dice a los cristianos de Roma que el hecho de que la Iglesia sea predominantemente de origen no-judío no sustituye a Israel ni aparta a Israel de la benevolencia divina.

3lectura: Mateo 14,22-33 **Mándame ir hacia ti andando sobre el agua.**

La narración de Jesús que caminando sobre el agua empieza indicando que Jesús, pese al agobio que supone su ministerio, encuentra tiempo y lugar para rezar. Hace los planes necesarios para poder estar solo. Y, junto a la plegaria de Jesús, el narrador nos indica que los discípulos luchan durante la noche contra las aguas agitadas.

Después vienen las palabras de ánimo que pronuncia Jesús –«Ánimo, soy yo, no tengáis miedo»– cuando se asustan por la figura que se les acerca por el agua. Todo el evangelio está envuelto por estas palabras de confianza del Señor. Al final de la historia está la respuesta de los discípulos que han visto y oído todo lo que ha pasado y no pueden hacer más que adorarlo, y confesar que Jesús es el Hijo de Dios.

Mateo explica también la historia de Pedro: este anda, se hunde y es rescatado por Jesús. Señalemos la manera que tiene de dirigirse a Jesús: «Señor». Este es el tratamiento que solo le dan los creyentes o los buscadores serios. Sorprende, sin embargo, que la petición tan extraordinaria que le hace no tenga validez al margen de la orden

de Jesús. Pedro no le pide poderes sobrenaturales, sino solo reconocer que cualquier cosa que Jesús ordene, Jesús la hace posible. Las órdenes de Jesús, si se toman en serio, producen milagros: abren una reserva increíble de recursos divinos.

A partir de ahí vemos que Pedro ha de dejar la barca y arriesgar la vida en el mar. Así aprende su propia debilidad y el poderoso poder de su Señor. Si no se hubiera arriesgado nunca habría aprendido el significado de la fe. El camino de la fe pasa por la obediencia a la llamada de Jesús, es decir, solo quien cree es obediente y solo el que es obediente cree.

Cuando Pedro anda, se asusta por la fuerza del viento, empieza a hundirse, llama a Jesús y es rescatado. Esta secuencia de acciones se ha de entender en relación con el acto obediente que hace que Pedro baje al agua en primer término. No es la historia del escéptico, sino la historia del seguidor fiel que se encuentra superado por las circunstancias y que encuentra en Jesús una mano firme y salvadora.

JOAN FERRER

Asunción de María

1 lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1-6a.10

Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal.

Apocalipsis 11,19–12,18 narra, en lenguaje altamente simbólico, la inauguración del Reino de Cristo proclamado en 11,15. En el cielo se producen tres apariciones. El arca de la alianza, símbolo de la presencia de Dios; una mujer; un gran dragón. Estos dos últimos son un presagio. El nombre genérico de mujer y los dolores de parto remiten a una maldición de los orígenes de la humanidad (Génesis 3,16). Ella se encontrará también con la serpiente, aunque saldrá ilesa. En el Antiguo Testamento, la mujer encinta personifica a Israel, o Sión, en la angustia. Los sufrimientos del alumbramiento simbolizan la prueba que precede a la era mesiánica. La mujer representa pues, en Apocalipsis 12, la humanidad fiel, pueblo de Dios escatológico. Fue identificada con María solo con el desarrollo de la piedad mariana en época tardía (siglos IV-V después de Cristo).

El dragón es el adversario de todos los que están ligados al Dios vivo. Precipita a tierra a las estrellas –ángeles, en la simbología apocalíptica– y trastorna

el cosmos. El dragón intenta devorar al niño de la mujer. Las alusiones del texto a Isaías 7,14 y al salmo 2,9 indican que el niño es el Mesías, que es arrebatado hacia Dios: se trata del acontecimiento pascual. Cristo es separado con violencia del pueblo de Dios y entronizado en el cielo. La inauguración de su Reino celebrada en 11,15 no ha de venir, porque ya ha ocurrido en la Pascua. Esta es la convicción más profunda que fundamenta la esperanza de este libro sorprendente. El niño representa también a toda persona cristiana fiel, que unida a Cristo escapa de la acometida del dragón y participará de la realeza de Cristo. La huida de la mujer al desierto, donde recibe un alimento providencial durante 1.260 días define la condición del pueblo de Dios, después de la Pascua, como un nuevo éxodo. La mujer vive a distancia de Dios, pero Dios vela por ella. El himno celestial que Juan escucha (12,10-12) da el sentido de los acontecimientos: la victoria los cristianos la han obtenido por la muerte del Cordero-Cristo.

2 lectura: 1 Corintios 15,20-27a

Primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo.

En la primera parte de su primera carta a los Corintios, Pablo proclamaba como gran novedad de su predicación que la sabiduría eterna y salvadora de Dios se ha encarnado y se ha convertido en realidad humana en Cristo. La atención

se centró en Cristo crucificado: la cruz como fuente de salvación ocupaba el centro de la escena. Ahora, sin embargo, el apóstol dirige su atención hacia la resurrección del Señor. Cristo muerto en la cruz ha resucitado y ahora arras-

tra tras él a toda la humanidad solidaria con él.

Pablo estalla en un clamor de fe y de esperanza: «Cristo resucitó de entre los muertos». Él ha resucitado, y no es un caso insólito y excepcional, sino que él es el primero. La palabra no tiene un simple valor cronológico, sino que indica que Cristo es el principio activo de la resurrección de los otros; el primogé-

nito de los que triunfan de la muerte. Cristo ha sido constituido por Dios principio de la nueva humanidad, y su resurrección tiene una fuerza imparable.

Todo lo que pertenecía al orden del mundo antiguo –«principado, poder y fuerza», y la misma Muerte– será destituido, y el Hijo entregará todo al Padre, como culminación de lo que ha empezado en la resurrección del Hijo.

3lectura: Lucas 1,39-56

El Poderoso ha hecho obras grandes por mí; enaltece a los humildes.

El episodio de la visita de María a Isabel va seguido del «Magnificat» –esta es la primera palabra del canto en la versión latina de san Jerónimo–, que es el primero de los cuatro himnos que hay en el evangelio de la infancia de Jesús (los otros son el cántico de Zacarías –el «Benedictus»–, el cántico de los ángeles –el «Gloria»– y el cántico de Simeón –el «Nunc dimittis»–).

La salutación de María provoca una reacción en cadena: el niño salta dentro del vientre de Isabel, la cual, llena de Espíritu Santo, entona una alabanza para bendecir a María y al niño que esta lleva. El hecho de que ella haya percibido que el niño saltaba de alegría ha sido interpretado como un signo de que ella, Isabel, se encontraba ante la madre de su Señor. De alguna manera ratifica lo que había anunciado el ángel Gabriel y reconoce la fe de María.

El cántico de María es la reacción de la madre del Señor al saludo de Isabel.

Es un poema compuesto de textos del Antiguo Testamento sobre el fondo del cántico de Ana, la madre de Samuel (1 Samuel 2,1-10). Hay alusiones al Génesis, al Deuteronomio, al Eclesiástico, a Isaías, Habacuc, Malaquías, Job, Ezequiel y, sobre todo, a los salmos.

Está construido a partir de un juego de contrastes: *abajamiento/elevación*. María proclama la grandeza de Dios: es poderoso porque ha hecho obras grandes por ella; su brazo hace proezas –es una referencia a la narración de la salida de Egipto– y trastorna los valores humanos: los soberbios son dispersados; los poderosos destronados, los ricos despojados; por contraste los humildes son enaltecidos y los hambrientos colmados. María confiesa a Dios como salvador. Y lo dice en tiempo pasado en griego: «Ha hecho el poder en su brazo». María, la mujer humilde, portadora del plan salvador de Dios, nos dice desde la fe más profunda que Dios ya ha actuado.

JOAN FERRER

D. 20 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 56,1.6-7

A los extranjeros los traeré a mi monte santo.

Los textos inmediatamente anteriores del libro de Isaías contenían la promesa de un retorno prodigioso a Jerusalén hecha por Dios a los exiliados de Babilonia. A partir del capítulo 56 nos encontramos con que los exiliados ya han podido regresar. Deben haber pasado unos veinte años desde el decreto de Ciro que permitía el regreso de los judíos a Jerusalén. Los que han regresado se han encontrado una ciudad arruinada. Es preciso, pues, reconstruir la ciudad y repensar la fe.

La primera parte del oráculo contiene una llamada en imperativo a la comunidad de fe. Se trata de mantener la justicia y hacer lo que es justo y bueno. Estos temas son fundamentales en la experiencia profética de Isaías: el poder de la casa de David tenía que estar dedicado a la justicia y al derecho para

con los pobres y necesitados. Hay que asegurar—esta es la voluntad de Dios— a cada miembro de la comunidad seguridad, dignidad y bienestar. Esta es la primera obligación ética. Seguidamente el oráculo profético contiene una promesa de parte del Señor: salvación y bondad. Es decir, el Señor está a punto de establecer, en una decisión unilateral, el bienestar que ha ordenado en la primera parte del texto. El mensaje profético dice que el Señor llevará a esta comunidad al bienestar que él mismo ha ordenado. Imperativo y promesa forman una unidad.

La segunda parte del texto hace una oferta singular: los extranjeros de corazón fiel serán atraídos hacia el Señor, Dios de Israel, y serán bienvenidos a la vida de oración y adoración que caracteriza al pueblo escogido por Dios.

2 lectura: Romanos 11,13-15.29-32

Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel.

El tema que preocupa profundamente a Pablo en esta sección de la carta a los Romanos es saber si Dios ha rechazado a su pueblo. La respuesta es «no». Los argumentos que utiliza son diversos. Algunos los aporta el fragmento que leemos. Aquí cita que el objetivo de su ministerio es hacer que Israel se vuelva celoso de los cristianos no-judíos, los de origen pagano, a fin de que finalmente Israel acabe aceptando el plan de Dios

que se ha revelado en la muerte y resurrección de Jesús, el Mesías.

La parte final del fragmento vuelve a las convicciones teológicas: los dones y la llamada de Dios son irrevocables. Decir que Israel fue llamado por Dios en el pasado quiere decir que lo es en el presente y en el futuro. Cualquier otra opción es simplemente impensable, porque Dios es siempre fiel.

Por tanto, si la llamada de Dios es irrevocable e Israel no ha aceptado a Jesús como Mesías, tiene que haber alguna razón que explique esta obstinación de Israel. La razón es la misión a los paganos, que ha sido provocada por la desobediencia de los judíos, de manera que la misericordia mostrada con los gentiles acabará llevando a los judíos dentro del

pueblo que reconoce la salvación que Dios ha dado por Jesucristo.

En realidad, tanto judíos como no-judíos han sido desobedientes en la historia –todos se han rebelado contra Dios–, pero Dios ha actuado y continuará actuando para salvarlos a los dos.

3lectura: Mateo 15,21-28 Mujer, qué grande es tu fe.

Esta historia es sorprendente. Es el único caso en todo el evangelio en que Jesús se deja convencer por los argumentos de otro, y este otro es mujer y cananea, una extranjera que no pertenece al pueblo de Israel.

Hay que observar que la historia es narrada desde el punto de vista judío, de manera que, para nosotros que no somos judíos, nos pide una dosis de imaginación para entenderla en su impacto original.

La mujer, aun siendo forastera, reconoce el estatus judío de Jesús, pues se le dirige con el título de «Hijo de David». Cuando los discípulos le piden que la atienda, porque no para de molestar, Jesús responde con el motivo recurrente en la narración de Mateo de que el Evangelio pertenece primero a Israel.

Y aunque las autoridades religiosas de Israel merecen un juicio muy severo en el Evangelio, el narrador de Mateo quiere dejar bien claro que Dios no ha abandonado a los judíos. La fidelidad de Dios a la alianza permanece por siempre y el ministerio de Jesús es, en

primer lugar, para Israel. Solo después de la cruz y de la resurrección la puerta quedará abierta al mundo no-judío. Antes solo encontramos indicios de la voluntad salvífica universal de Dios: los magos, el hijo del centurión (Mateo 8,5-13) y aquí esta mujer cananea.

La mujer, a pesar de la aparente desganada de Jesús y del enojo de los discípulos, persevera en la convicción de que Jesús puede hacer con ella lo que ella desesperadamente necesita. En su decidida obstinación, esta mujer recibe un elogio sorprendente: «Qué grande es tu fe».

La respuesta de Jesús parece muy desdenosa: de hecho, «perro» era la manera judía de referirse a los no-judíos. La réplica de la mujer acepta el estatus secundario, como extranjera, aunque persevera en su petición a Jesús. Y el milagro de la fe es confirmado por el de la curación.

Esta mujer es el modelo, desde más allá de la frontera religiosa y étnica, de la súplica de misericordia y generosidad a Dios, de manera que anticipa la misión postpascual al mundo.

JOAN FERRER

D. 21 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 22,19-23

Colgaré de su hombro la llave del palacio de David.

Este texto habla de un mal administrador y de un buen administrador. Nos hace entrar en las tensiones internas de la casa real de Jerusalén. Es una prueba de que la palabra de Dios se encarna realmente en la vida del pueblo de Dios. Contrasta a dos oficiales que ocupan el cargo de canciller, es decir, el hombre que tiene la máxima responsabilidad después del rey mismo.

La narración compara a Sobná, que es condenado y rechazado por malas acciones, con Eliacín, que es elogiado y aprobado como persona fiel y eficaz. El texto nos ofrece una reflexión sobre el uso sabio o irresponsable del poder público.

Parece, no obstante, que la lectura va más allá de la dimensión histórica inmediata y que habla de la venida del «buen administrador» en el futuro de Jerusalén. La referencia a «aquel día» es un uso profético para anticipar un futuro que aún no está al alcance. Este administrador bueno «será un padre para los habitantes de Jerusalén». El texto profético anticipa un tiempo «en sitio firme» y «dará un trono glorioso a la casa paterna». El administrador tendrá la «llave» del palacio real; esto significa que tendrá el control completo y determinará el acceso a los órganos oficiales de poder. El texto de Mateo 16,19 recoge esta idea que confía a Pedro la completa supervisión de la casa de la Iglesia.

2 lectura: Romanos 11,33-36

Él es el origen, guía y meta del universo.

A lo largo de la sección de su carta a los Romanos que ha empezado en el capítulo 9 hasta llegar aquí, Pablo ha estado reflexionando sobre un hecho intrigante: ¿Cómo puede ser que la mayoría de judíos haya permanecido al margen del evangelio de salvación que Dios ha dado por la cruz y la resurrección de su Hijo Jesús, el Mesías? El camino ha sido arduo, pero Pablo ha mostrado que Israel no ha sido rechazado por Dios, porque Dios es siempre fiel a su palabra y es misericordioso con todos: tanto judíos como paganos.

La realidad explicada es tan maravillosa que Pablo acaba entonando un himno a la grandeza y al carácter sorprendente del amor de Dios que se revela en la historia de la salvación y, de manera particular, en la cruz de Jesús.

La lógica de Dios supera la del mundo ya que, a fin de justificar y salvar al injusto, deja actuar su justicia salvadora sobre este, completamente al margen de los méritos y, de esta manera, consigue salvar a todo el mundo por su gracia.

3lectura: Mateo 16,13-20

Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos.

Cesarea de Filipo se encuentra en el extremo sur de la sierra del Hermón, cerca de una de las principales fuentes del río Jordán. Allí Jesús pregunta: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Pregunta que a penas compromete. Simplemente se trata de repetir lo que se dice. La pregunta fundamental es la que se dirige a «vosotros». La cuestión exige una respuesta comprometida.

El evangelio según Mateo vincula la confesión de Pedro sobre Jesús, como Mesías e Hijo de Dios, con la realidad de la Iglesia. La declaración de quién es Jesús tiene un significado especial para saber quién es la Iglesia. Pedro aparece como receptor de una revelación y como «piedra» sobre la cual la Iglesia es construida.

La Iglesia arraiga en la confesión de Jesús como Mesías, Hijo de Dios. Lo que hace que la Iglesia y Pedro sean tan especiales no es nada que les sea inherente –su brillantez o su fidelidad–; muy pronto se demostrará que Pedro ha entendido muy pocas cosas cuando el mismo Jesús lo tiene que llamar «Satanás». Su singularidad proviene de la confesión que Jesús les ha reclamado. El acontecimiento es una revelación divina: la lógica humana queda completamente sobrepasada. Este conocimiento solo puede venir como don divino. La Iglesia confesante vive de pura gracia. Su carácter único deriva de Dios

que le ha concedido una revelación que dice quién es Jesús.

La Iglesia se encuentra en un contexto de conflicto. El Hades –el Reino de la Muerte– ocupa el lugar del oponente. A pesar de todo, la victoria está asegurada. La Iglesia no es un lugar de reposo, sino una comunidad que vive en conflicto porque su confesión del Crucificado y Resucitado será tomada como una amenaza por los que tienen en sus manos el poder del mundo.

La Iglesia recibe las llaves del Reino del cielo, que simbolizan la victoria final sobre la muerte. Las «llaves» se convierten en armas de guerra en la lucha contra las fuerzas de la muerte, que son realmente poderosas, pero la muerte no tiene acceso al Reino, porque lo que la Iglesia ate, la muerte no lo podrá desatar. La muerte está destinada a perder, porque la Iglesia posee el arma decisiva.

En este contexto Pedro es considerado como el maestro autorizado, sin igual. Tiene el poder de declarar lo que está permitido y lo que no lo está, en vivo contraste con la amenaza dirigida a los maestros de la Ley en Mateo 23,13. Allí los escribas cierran la puerta del Reino porque dan una doctrina falsa. De la misma manera que en Mateo 21,43 el Reino es quitado a los jefes judíos y dado a la Iglesia, aquí las llaves del Reino son quitadas a los escribas y fariseos y entregadas a Pedro.

JOAN FERRER

D. 22 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Jeremías 20,7-9

La palabra del Señor se volvió oprobio para mí.

Esta lectura es un fragmento de las llamadas «confesiones de Jeremías». Es un lamento de una fuerza impresionantemente. En la sección inmediatamente anterior, el profeta ha estado hablando del severo juicio del Señor no solo contra el mundo de los «otros» sino contra el mismo mundo que él mismo habita.

A partir del fragmento que hoy leemos entramos en una sección nueva, íntima, en la que asistimos a su conversación con el Señor sobre el precio de su misión pública.

La plegaria alcanza el tono de un salmo de lamentación, que empieza con una queja conmovedora contra Dios. El profeta es objeto de la hostilidad de sus

contemporáneos, pero en el centro está el mismo Señor, que lo ha seducido y se ha apoderado del profeta. Jeremías se siente desamparado ante el poder del Señor que es abrumador e irresistible. El profeta ha de hablar contra Jerusalén y esto le provoca una hostilidad profunda, pero cuando no habla –para evitar la hostilidad de sus conciudadanos– aún se siente más turbado, porque la palabra de Dios es como un fuego que quema. Si habla siente que el Señor no le da apoyo, si calla, el Señor no le consuela.

Nos hallamos ante el drama, que hallamos tantas veces dentro de las Sagradas Escrituras, del silencio de Dios. Cuando su presencia y su solidaridad permanecen ocultas.

2 lectura: Romanos 12,1-2

Presentad vuestros cuerpos como hostia viva.

En el capítulo 12 de la carta a los Romanos, Pablo deja la sección «teológica» y vuelve a la tarea de ofrecer instrucción «ética». Esta distinción, sin embargo, se encuentra muy lejos del pensamiento de Pablo. Cuando habla de «la misericordia de Dios» conecta muy claramente las dos partes de la carta. Las admoniciones éticas que vienen a continuación no tienen como motivo ni una recompensa futura ni la amenaza de un castigo sino el amor de Dios. Por todo lo que Dios ha hecho por las personas es preciso que los cristianos seamos capaces de dar una respuesta adecuada. En esta perspectiva

es una respuesta adecuada «presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios». Aquí Pablo une el lenguaje de la adoración, característico de la experiencia judía, con la petición de ofrecer toda la persona. La propuesta es radical: presentar a Dios todo nuestro yo como única ofrenda aceptable.

La última parte del fragmento hace una llamada a la transformación. Pablo entiende que el Evangelio ha de llevar a transformar la vida de las personas. La fe cristiana no es simplemente otra práctica religiosa que se puede asumir

junto con otras responsabilidades. El Evangelio ha de hacer añicos la vida —«no os ajustéis a este mundo»— de aquellos que se sienten tocados por este misterio.

Pablo da pocos detalles sobre la transformación requerida, pero algunas pis-

tas son significativas: el verbo en griego está en imperativo pasivo, esto significa «sed transformados», lo que significa que se trata de un don de Dios «por la renovación de la mente», de manera que los creyentes puedan llegar a discernir «lo que es la voluntad de Dios» que transforma nuestras vidas.

3lectura: Mateo 16,21-27

El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo.

En este fragmento del evangelio encontramos el anuncio del sufrimiento, muerte y resurrección de Jesús en Jerusalén. Señalar que en el texto de Mateo se encuentra a continuación de la confesión de Pedro que dice que Jesús es el Mesías e Hijo de Dios (Mateo 16,16).

La conducta de Pedro es intrigante. Él es quien ha dado respuesta a la pregunta de Jesús. De hecho, él fue el primero en ser llamado y su nombre encabeza la lista de los doce enviados. Él es el único que camina sobre el agua para ir al encuentro de Jesús. Él es el único al que ha sido dada una revelación divina especial aunque, súbitamente, pasa algo nuevo: Jesús se pone a hablar del viaje a Jerusalén y de su sufrimiento, muerte y resurrección. Pedro siente que ha de disuadir a Jesús de emprender este viaje. Súbitamente Jesús y Pedro se encuentran en bandos opuestos y Jesús recrimina duramente a Pedro. El profeta que hace muy poco ha recibido una revelación de Dios ahora expresa una manera humana —y muy humana— de pensar. La roca sobre la cual ha de ser construida la Iglesia aho-

ra se ha convertido en piedra de tropiezo para Jesús.

Su pensamiento, que hacía muy poco que había recibido la revelación divina, ahora se muestra seducido por los caminos humanos. No puede admitir que el sufrimiento y la muerte formen parte de la vocación del Mesías. En todas las generaciones ha habido personas que han dado la respuesta de Pedro: son gente religiosa, que dan respuestas correctas, pero que encuentran que un Cristo crucificado supera lo que es imaginable. Las palabras de Jesús sobre negarse a sí mismo y llevar la propia cruz van en la línea de la vocación mesiánica: se trata de ganar la vida a través de perderla; de llegar a la Pascua después del Viernes de Pasión. La cruz, en la perspectiva de Jesús, no tiene ninguna alternativa.

El último fragmento del evangelio de hoy se sitúa en la perspectiva del final absoluto: el Hijo del hombre se convertirá en el juez y en el que inaugurará el gobierno soberano de Dios. Se ve muy claro que lo que los discípulos piensan y la coherencia de los hechos con el pensamiento no son realidades intrascendentes.

JOAN FERRER

D. 23 tiempo ordinario / A

1 lectura: Ezequiel 33,7-9

Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre.

El libro de Ezequiel, como toda la literatura profética bíblica, se encuentra profundamente arraigado en la historia del pueblo de Dios. El profeta fue deportado a Babilonia después de la primera invasión de Jerusalén por los ejércitos del imperio neobabilónico. La tarea del profeta es dramática: se trata de anunciar el fin de las grandes instituciones que vertebraban el pueblo de Dios —el templo, la realeza— y la destrucción de la ciudad santa de Jerusalén.

El fragmento que proclamamos presenta la misión profética en relación con el

pueblo de Dios. El profeta ha sido puesto como «atalaya», como vigilante que hace la guardia para evitar ser atacados por sorpresa. Su responsabilidad para con el pueblo es muy grande: si él no está profundamente atento a la palabra de Dios, que pide la conversión —el retorno al único objetivo válido y digno de la vida, que es Dios mismo—, la responsabilidad de los males que puedan acontecer caerá sobre el profeta. La tarea es «cuando escuches palabra de mi boca, les darás la alarma» que, si es escuchada, llevará a la «conversión». La otra opción es la muerte.

2 lectura: Romanos 13,8-10

Amar es cumplir la ley entera.

Pablo empieza el capítulo 13 de su carta a los Romanos hablando de la necesidad de someterse a las autoridades civiles, y acaba el fragmento con los versículos que leemos hoy que establecen la necesidad del amor. Pablo explica que el amor lleva a cumplimentar todos los mandamientos, porque el amor nunca se encontrará involucrado en un acto de adulterio, en un asesinato o robo o bien en el deseo de poseer lo que es de otros. La propuesta de Pablo es muy atrevida. Podría ser que alguien tuviese bastante con una especie de profesión de amor superficial, para con todo el mundo, que nunca acabase de concretarse en la vida de cada día. Ante esto, hay que prestar atención a

que a los que hay que amar son los que están muy cerca de nosotros: el «prójimo», los vecinos, aquellos con quienes nuestra vida entra en contacto allá donde se mueve nuestra vida.

Otro detalle esencial: «como a ti mismo». Solo quien es capaz de amarse a sí mismo es capaz de amar a los otros. Cualquier actitud de menosprecio para con la propia persona incapacita para amar a los demás. El amor a los demás empieza por un amor a cada uno de nosotros que nos hace capaces de reconocer y gozar de la obra de amor de Dios que se manifiesta en cada persona. Toda la historia de la Ley de Dios queda condensada en la historia del amor que transforma la realidad.

3lectura: Mateo 18-15-20

Si te hace caso, has salvado a tu hermano.

El fragmento del evangelio que proclamamos hoy nos muestra que el evangelio según Mateo fue escrito originariamente para una comunidad pequeña que vivía en un mundo que le era francamente hostil, y que se tomaba la vida comunitaria muy seriamente. El texto, fuera de contexto, podría ser leído como una especie de manual sobre la manera de proceder ante los pecados de los demás, y sobre los pasos que hay que hacer para echar de la comunidad a un cristiano. El texto nos deja con una sensación de inquietud.

Leído con atención, sin embargo, el texto es muy rico. El contexto nos dice que se trata de algo muy distinto de la autojustificación y al juicio severo. Ante la pregunta de «¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?» (Mt 18,1), un niño es puesto en el centro de la escena y se dice que «el que se haga pequeño como este niño, ese es el más importante en el reino de los cielos» (18,4). Es preciso aprender que esto significa que no hay que desdeñar a los cristianos de la comunidad que son «pequeños».

A continuación de nuestro fragmento está la respuesta a Pedro que dice que el perdón no puede ser calculado. El capítulo acaba con la formidable parábola del siervo que acepta del rey el perdón de una deuda inmensa y que,

en cambio, no es capaz de perdonar una deuda relativamente poco importante. Quien no es capaz de perdonar es que no ha descubierto el perdón de Dios.

Las imágenes tan poderosas de perdón y misericordia que rodean nuestro fragmento de hoy nos ayudan a comprenderlo. El perdón y la restauración son los dos grandes temas del fragmento, que nos enseña que si somos la parte injuriada, hemos de tomar la iniciativa y empezar el camino de la reconciliación. No tenemos derecho a incubar resentimientos.

En nuestro texto aprendemos también que el perdón solo se puede producir en el encuentro con las partes enfrentadas y que no debemos pensar que surgirá por generación espontánea. Hay que hacer el esfuerzo –que, con frecuencia, no es nada fácil– de hablar y escuchar, que es fundamental en toda relación.

Los versos finales resaltan la importancia de la reconciliación en la comunidad cristiana. ¿Quiénes son los «dos de vosotros»? ¿Los que visitan al cristiano que ha pecado o bien las parte enfrentadas que han descubierto la reconciliación? Sea como sea, el acuerdo de dos que hacen una plegaria en común desencadena una fuerza poderosísima: Jesús promete su presencia.

JOAN FERRER

D. 24 del tiempo ordinario / A

1 lectura: Sir 27,33–28,9

Perdona la ofensa a tu prójimo y tus pecados serán perdonados.

Retóricamente el original griego del texto es ligeramente diferente a la traducción leída: «Un hombre se irrita contra otro hombre, y busca la curación del Señor. De un hombre semejante a él no tiene misericordia y suplica por sus pecados». No son preguntas sino afirmaciones. Fuera de contexto incluso se podría entender en sentido positivo: el que se irrita contra otro busca que el Señor le cure de esta irritación, llega a reconocer que él solo no lo conseguirá. O el no misericordioso ruega que este pecado de no misericordia le sea perdonado. Sin embargo, en el contexto leído parecen, más bien, afirmaciones irónicas: quien se enfada con otro aún es capaz de pedir ser curado, o el que no ama aún pretenderá que se le perdonen los pecados. Y es este tono irónico, probablemente, el que se traduce por una pregunta.

El texto, además, recomienda recordar dos cosas para poder actuar bien, con rectitud. Hay que pensar en la propia muerte, y esto ayudará a acabar con las enemistades y a perseverar en los mandamientos. Por otra parte, hay que recordar los mandamientos, la alianza del Altísimo, y este pensamiento hará no odiar al prójimo, hará no tener en cuenta la ignorancia; la del otro, posiblemente. Desconocimiento que le hace obrar mal, incluso en tu contra.

¿Qué, pues? Quizá el autor está explicando los dos primeros versículos del capítulo 28: si quieres misericordia de parte de Dios, si quieres su perdón, has de empezar siendo tú misericordioso y perdonando. Probablemente así, igual como el rencoroso queda preso, controlado por la ira y el rencor, el que ama queda atrapado en otro círculo: se siente amado por Dios y no puede sino actuar, también él, con misericordia.

2 lectura: Romanos 14,7-9

Ya vivamos, ya muramos, somos del Señor.

«Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos». Lucas, en la parábola llamada del hijo pródigo, pone en boca del padre que «era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc 15,32). En diversos pasajes evangélicos se afirma la alegría que habrá en el cielo por un

pecador convertido, una alegría mayor que por los muchos que ya son justos.

Pablo habla, sí, de los muertos y de los vivos, del término de la vida y resurrección, y también de los que han pecado y de los que han sido perdonados y, así, vivificados. Es de todos estos que Cristo es Señor, todos estos son los que vivimos y morimos.

Vale la pena situar los tres versículos leídos en su contexto. En concreto, ¿cómo se vive y cómo se muere? Dentro de la comunidad hay diferencias sobre qué comidas tomar, o si hay días especiales que hay que santificar más... Es muy sencillo, los que creen, por ejemplo, que se puede comer de todo, que se

priven de ello para no escandalizar a los que lo ven diferente. Al mismo tiempo, los que limitan los alimentos a tomar, que no juzguen a los que los comen. No escandalizar y no juzgar. Hacerlo es morir. Guardarse de ello es vivir. Pero de todos, de los que lo hacen y de los que no, Cristo es el Señor.

3lectura: Mateo 18,21-35

No te digo que perdones hasta siete veces, sino setenta veces siete.

Proseguimos la lectura del evangelio justo en el punto en que lo dejamos el domingo pasado. Hoy llega la enseñanza sobre el perdón: hasta setenta veces siete. Según la forma de escribir de los antiguos esto podría querer decir perdonar hasta la saciedad, como hizo Cristo. Perdonar, además, de corazón (Mt 18,35) para poder recibir el perdón de Dios.

Y Jesús lo explica con una parábola, la del criado sin entrañas. Perdonar sería tener paciencia, lo que el criado pide a su rey, lo que el compañero del criado le reclama a su vez. Perdonar sería, también, tener entrañas, compadecerse. Es la reacción del rey ante la petición del criado. Jesús la tiene en diversas ocasiones, según el evangelista Mateo: ante

las multitudes que son como ovejas sin pastor (9,36), o que están hambrientas y les multiplica los panes y los peces (14,14; 15,32), y ante dos ciegos que le piden ser curados (20,34). Perdonar, finalmente, sería tener misericordia por el otro. Es lo que el rey ha hecho con el criado, mientras este, después, no ha sido capaz de hacer lo mismo, de tener los mismos sentimientos con su compañero. De hecho, la misericordia es una actitud propuesta por Jesús a sus seguidores ya en las bienaventuranzas (5,7).

Perdonar de corazón para poder ser perdonados... o leyendo la parábola, perdonar de corazón, tener compasión del prójimo, porque primero nosotros hemos sido compadecidos.

OLGA NICOLAU

D. 25 tiempo ordinario / A

1 **lectura: Isaías 55,6-9** **Mis planes no son vuestros planes.**

Este fragmento pertenece al último capítulo del Segundo Isaías, un profeta que vivió al final del tiempo del exilio en Babilonia y que tuvo la misión de alentar al pueblo de Dios en un momento en que el profeta sintió que Dios estaba a punto de hacer cosas nuevas e inauditas.

Isaías grita a Israel para que busque al Señor, pero esto es solo posible «mientras se le encuentra». El profeta sabe que ahora es este momento privilegiado en que Dios «está cerca».

Hay gente, sin embargo, que no está dispuesta a convertirse, es decir, a ha-

cer que el Señor sea el único centro verdadero de su vida, quizá porque ya se sienten suficientemente cómodos con la situación que gozan después de casi cincuenta años de deportación. Ahora, sin embargo, Dios, siempre sorprendente, anuncia por el profeta sus «caminos» y sus «planes», que no coinciden con los de los hombres, porque la propuesta es como la que en los tiempos antiguos Dios había hecho a Abrahán: la aceptación de una promesa radical que lleva a una vida alternativa —esto es la fe— desinstalada y abierta a la novedad radical de Dios siempre nuevo e imprevisible.

2 **lectura: Filipenses 1,20c-24.27a** **Para mí la vida es Cristo.**

Pablo, en su carta a los Filipenses, trata de manera conmovedora su relación con esta Iglesia. Las generaciones posteriores interpretaron el encarcelamiento de Pablo como un signo de su fidelidad, pero parece que algunos de sus contemporáneos lo consideraron como un fracaso de su misión.

Pablo muestra que su encarcelamiento ha contribuido a la propagación del Evangelio, ya que ha infundido coraje a otros cristianos en la predicación de la buena nueva de Dios.

Pablo no sabe si saldrá con vida de la cárcel, por esto en el fragmento que hoy proclamamos muestra a los filipen-

ses los beneficios que se pueden derivar, sea cual sea la salida del aprieto y, a la vez, los alienta en tiempos de duda y ansiedad.

Tanto si vive como si muere nada será un fracaso, porque «para mí, la vida es Cristo, y una ganancia el morir». La muerte no es el fin, sino la culminación de las esperanzas cristianas en el triunfo de Cristo. La muerte no ha de ser buscada, pero si llega no hay que temerla. Cabe señalar que vivir en la carne también es Cristo. Si la vida en el cuerpo continúa, significa una oportunidad para expandir la tarea apostólica.

Pablo discute las dos posibilidades

como si él las pudiera disponer, pero la realidad debe ser que él quiere mostrar a los Filipenses, preocupados por Pablo, que el dramatismo de la situación no le ha vencido. Aquí Pablo pone en primer plano su vocación apostólica, que le empuja con una fuerza irresistible a proclamar el evangelio en nuevos lugares y, a la vez, a cuidar las Iglesias que ya ha establecido. El apóstol no se puede permitir huir del mundo, por más atractiva o ventajosa que la huida

le pudiera parecer. La vocación está en primer lugar.

Ocurra lo que ocurra, Pablo quiere garantizar que los filipenses se sientan seguros en su fe: «Lo importante es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo». Para Pablo esta frase es la síntesis de su comprensión de la ética cristiana. El Evangelio es un don libre que las personas hemos recibido, la respuesta adecuada es vivir de acuerdo con este Evangelio.

3lectura: Mateo 20,1-16 **¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?**

La parábola conocida como «los jornaleros de la viña» bien podría llamarse «el amo de la gracia» o «el propietario que da jornales inmerecidos». A veces, sin embargo, alguien pregunta: ¿actuó bien el propietario? o ¿tenían razón los que protestaban?

Señalar que la parábola tiene como auditorio básico los discípulos, y forma parte de la instrucción que reciben al empezar el camino a Jerusalén. Los que escuchan son gente que ya tiene una cierta experiencia de la gracia de Dios. Observemos que la sentencia final de la parábola comporta un desafío muy grande para aquellos que se sienten privilegiados porque tienen un lugar de proximidad con Jesús. La frase final muestra lo que significa la parábola, es decir, que los primeros serán los últimos y los últimos, primeros.

Los trabajadores de la primera hora ven cómo el encargado paga el jornal entero a los que solo han trabajado una hora, por esto crece su esperan-

za de cobrar más al ver la generosidad mostrada a los otros. Cuando reciben «solo» la paga prometida se quejan al amo.

Es evidente que el mundo económico no puede funcionar así; pero aquí se trata de una parábola «del Reino»: el mundo de la gracia de Dios no se mueve por el sistema de méritos, por esto, cuando confundimos los planos, tendemos a protestar o a justificar las quejas de los trabajadores de la primera hora.

Cabe señalar que la decisión del propietario del campo no es una señal de benevolencia o generosidad para con unos pocos desafortunados, sino que nos convida a la posibilidad de ver a Dios de una manera completamente diferente, como aquella a que es invitado el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo.

JOAN FERRER

D. 26 tiempo ordinario / A

1 lectura: Ezequiel 18,25-28

Cuando el malvado se convierte de su maldad, salva la vida.

Ezequiel, desde el exilio de Babilonia, se enfrenta con la incomprensión de los judíos que son incapaces de entender la «lógica» del Señor. Esto comporta una acusación contra el Señor, que ha permitido la destrucción de las grandes instituciones sobre las cuales se basaba Israel: el templo y la monarquía. ¿Cómo ha sido posible esto? ¿Ya es correcta la manera de obrar del Señor?

La respuesta profética es contundente.

El hecho de formar parte del pueblo de Israel no exime de obrar la justicia. Cuando el que había actuado justamente se deje seducir por el mal será castigado, pero –y aquí se encuentra la fuerza de la afirmación profética– cuando el pecador se convierta, es decir, vuelva a poner al Señor y al bien que de él mana como centro de su existencia, Dios le dará la vida y se salvará de la muerte. La oferta de salvación de Dios es siempre activa y eficaz.

2 lectura: Filipenses 2,1-11

Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

Esta lectura nos ofrece el contexto que acompaña al importante himno sobre el «anonadamiento» de Cristo que Pablo incluye en su carta a los Filipenses.

El himno, en la primera mitad, nos presenta la vida terrenal de Cristo como una serie de acciones en que él renuncia a sus prerrogativas movido solo por la voluntad de obedecer. La segunda parte presenta la «respuesta» de Dios que es el ensalzamiento de Jesús y el reconocimiento universal de Jesús como Señor.

Es muy interesante que nos fijemos en la frase que hace de introducción al himno: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús». Se trata de que los cristianos nos hemos de dejar conformar a Cristo, es decir, es preciso que actuemos según el mo-

delo, manera de pensar y actitudes del Señor. Así como la manera de pensar de Cristo le dictó la obediencia que era adecuada para él, de la misma manera los creyentes encontrarán la obediencia que es correcta para ellos, compartiendo esta manera de pensar.

Los versículos que preceden al himno nos ayudan a aclarar estas actitudes. Se nos presentan una serie de llamadas a la experiencia cristiana («dar consuelo, aliviar con amor, unidad en el Espíritu»). Los filipenses ya han experimentado estos dones, de manera que Pablo se puede referir a ellos como base para la acción cristiana. El amor, el ánimo, la compasión que han recibido, es necesario que sean puestos en acción en la manera de comportarse de unos para con los otros.

Pablo destaca la importancia de la unidad de comunidad y, especialmente, de la unidad de pensamiento. Esto que es fundamental no se puede conseguir si cada uno piensa solo en sus propios

intereses o en aquello que le pueda reportar honor. Pablo enseña que en la vida comunitaria es fundamental buscar todos el interés de los demás.

3lectura: Mateo 21,28-32 Recapitó y fue.

El evangelio nos narra un conflicto entre Jesús y las autoridades religiosas judías. El texto, evidentemente, refleja las circunstancias históricas de la época de Jesús, pero también las de la comunidad de Mateo, en que los malentendidos entre judíos y cristianos se habían agravado mucho.

La breve parábola sobre los dos hijos se encuentra inmediatamente después de la discusión en el templo sobre la autoridad de Jesús (Mateo 21,23-27). Los jefes religiosos del judaísmo se encuentran en una situación muy comprometida cuando Jesús les pregunta sobre Juan Bautista. Jesús no les responde, pues, sobre el origen de su autoridad, pero los invita a pensar a través de la parábola, que es bien simple: un hijo responde al padre que no quiere ir a la viña, pero cambia de idea y sí va; el otro ha dicho que iría, pero ha acabado por no ir. Es evidente que la pregunta de Jesús sobre cuál de los dos hijos ha cumplido la voluntad del padre solo admite una respuesta: el primero.

El segundo hijo, que rápidamente se ofrece para hacer lo que el padre le pide, acaba por no hacerlo. Parece que detrás hay personas que se declaran leales y que manifiestan una gran ad-

miración por Jesús, pero que no muestran ninguna clase de coherencia entre palabras y hechos; entre actos religiosos y la obediencia real a la voluntad de Dios. La manera como el evangelista relata la parábola nos hace pensar que no solo tiene en mente a las autoridades judías, sino a los mismos miembros de la comunidad cristiana.

El reconocimiento de las autoridades de que el primer hijo es el que ha sido obediente, mientras no el segundo, lleva a la aplicación de la historia: los cobradores de impuestos y las prostitutas, en apariencia, no parece que manifiesten el comportamiento del pueblo de Dios, especialmente cuando se les relaciona con las piadosas autoridades religiosas, pero en la aplicación son comparadas al primer hijo y los dirigentes religiosos con el segundo. Los que vivían al margen de la religión creyeron el mensaje de Juan, mientras que la gente religiosa lo despreció. Hemos de señalar que nuestro texto no rechaza a las autoridades judías ni les cierra la puerta, simplemente los invita a volver a escuchar el mensaje, que es esencialmente el de Jesús: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (Mateo 3,29).

D. 27 tiempo ordinario / A

1 lectura: Isaías 5,1-7

La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel.

Estos versos articulan la larga historia entre el Señor y el amado del Señor, que empezó con afecto y ternura —las prodigiosas intervenciones salvíficas en la vida de Israel— y acabó con severidad y desgracia —el castigo del exilio—. El paso de una situación a otra se produjo por causa del fracaso de Israel por dar buenos frutos —la actitud recalcitrante de Israel durante la época de la monarquía en cumplir las expectativas de la Ley de Dios—. El poema repasa toda la vida del pueblo de Israel histórico en relación con su identidad teológica: el pueblo es una viña de Dios que depende totalmente de él.

Al principio no se nos dice quién habla en este poema de amor. Solo al final sa-

bemos que el cantor es el mismo Señor que canta sobre el amado Israel. El amo de la viña ha hecho todo lo que ha podido, con una devoción y un trabajo sin medida, para favorecer el bienestar de la propiedad, pero al final no ha obtenido lo que esperaba de ella. Entonces el propietario ha dejado la tierra completamente abandonada, como Judá llevado al exilio.

El último verso descodifica el canto de amor y nos explica que lo que quería el Señor era «derecho y justicia»; Israel ha de ser una comunidad que practique relaciones sociales positivas, sin abusos ni explotaciones; pero el resultado en la historia ha sido de «asesinatos y lamentos».

2 lectura: Filipenses 4,6-9

Poned esto por obra, y el Dios de la paz estará con vosotros.

Pablo está encarcelado y escribe estos prodigiosos versículos a la comunidad cristiana de Filipo: «Nada os preocupe». El pensamiento de Pablo se acerca mucho al del sermón de la montaña de Mateo 6,25-33, que nos enseña a tener una profunda confianza en la providencia divina que nos hace rechazar la angustia, la ansiedad.

Pablo resalta también la proximidad de Dios, que se manifiesta en su «paz»: «La paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Je-

sús». El don de esta paz permite que los cristianos tengan en cuenta todo aquello que es bueno: «verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito». Esta manera cristiana de afrontar la vida se fundamenta en la presencia de Jesús, que guarda nuestros corazones y nuestros pensamientos, toda nuestra existencia.

La comunidad ha de «obrar» lo que el apóstol ha transmitido de palabra o con su ejemplo. Esto es una nueva garantía de que «el Dios de la paz estará con vosotros».

3lectura: Mateo 21,33-43

Arrendará la viña a otros labradores.

Esta parábola parece profundamente polémica, pues contempla el rechazo de las autoridades judías del Mesías Jesús y también el camino del mensaje cristiano hacia un mundo no-judío. De toda manera, descubriremos que la perspectiva de la parábola va mucho más allá de este contexto de confrontación. La parábola confronta a los oyentes con la necesidad de dar «frutos del Reino».

La primera observación que hay que hacer es sobre la altísima perspectiva cristológica de la parábola. El hijo viene en la línea de los profetas que han sido lapidados y asesinados. Cuando los labradores calcularon que si mataban al hijo podrían heredar la propiedad, «lo empujaron fuera de la viña y lo mataron».

Las autoridades judías que dialogan con Jesús, inadvertidamente se condenan a sí mismas por su respuesta. La cita que hace el narrador del salmo 117,22-23 (versión litúrgica) lo deja perfectamente claro: la piedra desechada ahora es piedra angular. Este es el texto de la Escritura que la Iglesia de los primeros tiempos utilizó para remarcar que Dios había reivindicado a Jesús, profeta crucificado, en la resurrección.

Es evidente, sin ninguna clase de ambigüedad, que el hijo es Jesús, y que el punto de vista desde donde se contem-

pla la explicación alegórica es Pascua.

En una primera lectura la parábola nos dice cosas sobre el rechazo, por una gran parte del pueblo de Israel, de Jesús como Mesías: la viña –ahora es el Reino de Dios– es rehén de los labradores originarios, que abusaron del cargo privilegiado que les había sido otorgado, y es confiada no a los no-judíos, sino a «un pueblo que produzca sus frutos». La pregunta, pues, que nos ha de intrigar, es: ¿somos nosotros un pueblo que produce verdaderamente «frutos del Reino»?

«Fruto» es una palabra que aparece a menudo en el evangelio según Mateo: en el mensaje de Juan a los fariseos y saduceos; en el sermón de la montaña (Mateo 7,15-20). La verdadera conversión lleva a un cambio de vida, a una radical obediencia a Dios. Todo el evangelio nos ofrece imágenes de lo que es una vida convertida, que se resumen en los dos mandamientos de amar a Dios y amar al prójimo (Mateo 22,34-39).

A los oyentes y lectores se nos invita con urgencia a examinarnos nosotros mismos. Los oyentes originales también entendieron este mensaje, pero solo fueron capaces de responder con violencia, tal como se ve en los dos versículos finales del capítulo, que nuestra lectura de hoy no contempla (21,45-46).

JOAN FERRER